

ligión por un lado, hacen contrapunto con la *seducción* como pivote de lo especular por el otro, recreado en las figuras de Fausto y de Don Juan, de lo andrógino, del eco (por lo que quizá no se inscribió en la eficacia simbólica de la ley) y generan en lo peculiar del ambiente danés, del exilio, de la figura de Regine —mujer innominada víctima del amor del caballero—, y de la orfandad del considerado padre del existencialismo, el drama en que se instala su crisis de legitimación genealógica.

Kierkegaard en el llamado manifiesto del existencialismo dice: «La vida se me ha hecho totalmente imposible, el mundo me produce náuseas y me parece insípido, sin sal y sin sentido. Aunque tuviera más hambre que Pierrot, nunca desearía alimentarme con las explicaciones que me ofrecen los hombres. Como el viajero a veces introduce los dedos en la tierra y arranca un puñado para olerla y saber de este modo el país en que se adentra, así yo también suelo de vez en cuando meter mis dedos en las cosas de la vida y el mundo ¡y no me huelen a nada! ¿Dónde me encuentro y hacia dónde me encamino? ¿Qué quiere decir eso del mundo y la vida? ¿Qué significan estas palabras de uso corriente? ¿Quién me ha jugado la partida de arrojarme en el mundo y después dejarme abandonado entre tantas cosas contradictorias? ¿Quién soy yo? ¿Cómo vine a este mundo? ¿Por qué no fui consultado para nada?».

La tensión nostálgica que estalla en este texto es confrontada con los comentarios de Adorno (bastante recurrentes) para circunscribir de qué manera lo extraño de los objetos —puede ser una mujer— generan un utopismo sobrexcitando el nombre, llámese Regine, o la María de la Diapsalmata. Recordemos el corrimiento que Don Juan el Seductor enuncia en relación a María: «Si no te he llamado... era a otra María». Adorno dice: «Se conserva en Kierkegaard en forma utópica y concreta, en el nombre, lo que le viene negado de los objetos extraños». El objeto se desplaza, se da un movimiento metonímico y Amorós agrega una inversión: «Podríamos añadir, niega el nombre —como hace con la innominada— a aquello que encuentra en los objetos familiares».

Nos encontramos nuevamente con una paradoja que es tratada como consecuencia de la ineficacia de la nominación simbólica, que se expresa con una imaginarización del nombre llevado hasta la consistencia de un «fetiché». La repetición nos lleva a pensar en un más allá... en que los «objetos familiares» no reconocidos nos confrontan con lo siniestro. Con respecto a esta inquietud me resulta significativo que Amorós no desarrolle en este aspecto la proble-

mática del *goce femenino*. Sí puntualiza sobre la repetición lo siguiente: «La repetición como paradoja de la fuerza de una impotencia... y de la impotencia de esta misma fuerza —permanente no resolución en el fracaso y en el desgarramiento— pone a la vez un vector centripeto y un vector centrífugo que la zarandean sin tregua hacia la vida y hacia la muerte; pues si la vida es la tensión y la muerte es el alivio, en Kierkegaard la propia muerte es asumida como tensión, no es la vida lo que se muere, sino que la muerte es vivida».

Es interesante su pregunta por la dote de Antígona: tengamos en cuenta que todo filósofo tiene su Antígona, y en tanto hija de Edipo, y testigo femenino del drama incestuoso, esta figura no representaría lo mismo para Hegel, que para Kierkegaard. Nos dice con respecto a la de Hegel que es «un presentimiento de la esencia ética» y la de Kierkegaard es «la heroína favorita, es como hija, esencialmente estética... en tanto para él es la estética y no la ética lo que lleva en sí la connotación de la inmediatez».

Las resonancias del existencialismo en relación a un punto de vista generacional las enmarca por ejemplo de este modo: «Hegel ha tipificado de antemano el lugar de inserción de Kierkegaard, como figura de la conciencia infeliz, en el sistema como genealogía del espíritu universal. Pero Kierkegaard no se dejará colocar en el sistema ni se someterá a la mediación». En su fe de erratas comenta: «Para Hegel entre lo real y lo racional correspondía la mediación entre finitud e infinitud. Al destruir tanto las ecuaciones hegelianas, como las mediaciones que estaban en su base, todo sucede como si Kierkegaard, a la vez que invierte su signo, cruzara su encabalgamiento».

Este conflicto para Kierkegaard, Amorós lo plantea como un drama genealógico: «La paradoja kierkegaardiana es quizás el trasunto de la paradoja patriarcal, propia de una crisis de legitimación genealógica, en la que el hijo se convierte en el confesor del padre a la vez que se prohíbe a sí mismo juzgarlo».

Es importante destacar que este ensayo está mirado desde un posición feminista. Esto puede llegar a traslucirse en ciertos comentarios, en que al intentar desde esta concepción metodológica fundada desde una «mirada explícitamente femenina» pueden acallar ciertas frases, en tanto al definirse como miembros de una comunidad (en este caso femenina), puede que los fenómenos de cohesión generen un medio para satisfacer, cómoda y más o menos inofensivamente, las tendencias agresivas, encubriendo la pregunta en relación a la eficacia del lenguaje que signa entre

dos significantes —puede ser el significante hombre y el significante mujer— la representación de un sujeto. Freud a este fenómeno lo denominó «el narcisismo de las pequeñas diferencias».

Por último, la lectura de *Sören Kierkegaard o la subjetividad del caballero* nos confronta, a partir del preciso recorrido de Celia Amorós, con preguntas y posturas explicitadas, que nos permiten una aproximación muy válida sobre las inquietudes que la filosofía, y una mujer —Celia Amorós— enuncia a partir de cierta conmoción contemporánea y la idea de construcción de una cultura no alienada... para mujeres.

Alejandro Sacchetti

«Pero seguía volando desesperadamente»

Ese fue el destino de Oliverio Gironde; el de un viajero que en una esquina de su camino advierte, sorprendido como un niño, que su viaje no tiene un final, que no hay un

punto de reconciliación absoluta y que nunca podrá descansar; que en realidad el viaje no tenía otra finalidad que una búsqueda indefinida e interminable. La búsqueda entre las palabras, esos seres milagrosos que trazan un laberinto del que es imposible e indeseable salir.

La obra y la vida de Oliverio Gironde están emparentadas de manera honda y vital con el desarrollo de las vanguardias, a tal punto que resulta difícil hablar de los ismos sin mencionar su nombre. También es conocida su fidelidad a estos movimientos (si es que es necesario hablar de fidelidades y deserciones a las corrientes literarias). Pero a diferencia de otros parentescos, el suyo fue duradero no por fidelidad ideológica sino por necesidad sustancial. Sospecho que parte de la obra y la vida de Oliverio Gironde hubieran sido lo que fueron a pesar y en contra de cualquier vanguardia, si es que hubiera sido necesario. Gironde fue fiel porque no podía traicionar su búsqueda.

En 1922 publica en Francia su primer libro, *Veinte poemas para ser leídos en el tranvía*. Contó entonces Ramón Gómez de la Serna que cuando recibió su ejemplar tomó el tranvía 8 de Madrid, que era el que hacía el recorrido más largo (del hipódromo a La Bombilla) y comenzó a leer. Cuando el tranvía finalizó su recorrido Gómez de la Serna aún no había terminado el libro. Entonces, supongo que ante el estupor del revisor, pidió un billete «hasta el último poema». No creo que alguna otra reacción fuera más hermana del libro a los ojos de Gironde. La audacia, la alegría exuberante de la existencia, la frescura, la insolencia y la falta de decoro debieron conmover a Ramón Gómez de la Serna entonces, tanto como hoy nos sacuden.

Oliverio Gironde emprendió entonces un viaje en el sentido más literal de la palabra, y a la vez más metafórico. Venecia, Río de Janeiro, Sevilla, París, Buenos Aires, Biarritz son arrasados por su mirada. Era la explosión de un mundo interminable que se abría ante sus ojos, ante su olfato, ante su tacto. El protagonismo de los sentidos, el milagro de la existencia, la inocencia en la mirada (pero una inocencia real, no exenta de crueldad) y el humor, la risa como un instrumento de juicio implacable. ¿Cómo no había de ser irreverente un hombre tan alimentado de alegría e inocencia? Enrique Molina escribió que la obra literaria de Gironde es una «aventura jugada en dos planos paralelos: experiencia y lenguaje, vida y expresión. Comienza por la captación sensual y ávida del mundo inmediato y la fiesta de las cosas. Termina por un descenso hasta los últimos fondos de la conciencia en su trágica inquisición

ante la nada»¹. A mitad de camino entre lo uno y lo otro Girondo escribía: «El solo hecho de poseer un hígado y dos riñones ¿no justificaría que nos pasáramos los días aplaudiendo a la vida y a nosotros mismos? ¿y no basta con abrir los ojos y mirar para convencerse de que la realidad es, en realidad, el más auténtico de los milagros?»². Ese viaje abisal desde la celebración exuberante y sacra de la vida a las profundidades de una herida incurable —«Quiero ulular/ No puedo»³— podría haber significado una caída mortal. Partir de una alegría tan desmesuradamente festiva y tener el valor de caminar hacia esa herida universal entre la realidad milagrosa y el hombre podría haber sido el atajo más directo hacia la frustración y el hastío. Pero no fue así; Girondo asumió ese viaje con una dignidad y una vitalidad asombrosas, con la misma fuerza con que se enfrentó al encorsetamiento de la época. Y si pudo no caer en el hastío o en el rencor fue porque su mirada nunca se vació de inocencia. Es verdad que quería ulular y no podía, que estaba «cansado/ por carecer de antenas,/ de un ojo en cada omóplato/ y de una cola auténtica,/ alegre,/ desatada»⁴, cansado «de tanto error errante,/ (...)/ de tanta estanca remetáfora de la náusea»⁵. Sin embargo, a pesar del cansancio, el mundo y el lenguaje no perdieron su calidad de milagro: «La gente dice/ Polvo,/ Sideral,/ Funerario,/ y se queda tranquila,/ contenta,/ satisfecha./ Pero escucha ese grillo,/ esa brizna de noche,/ de vida enloquecida»⁶. Su inocencia y su perplejidad ante el hecho cotidiano, pequeñito, a veces escondido y secreto, de la vida quedaron intactas. Es ese empeño de inocencia descubridora lo que da sentido y hondura a su cansancio, a su búsqueda, a su lenguaje y al destino de su viaje. Porque Oliverio Girondo, que nació en el año 1891 en la ciudad de Buenos Aires, vestido de gaucho, o más vanguardista que el mayor de los vanguardistas, fue un hombre agradecido, humilde ante el milagro de la vida y el lenguaje y, sobre todo, un hombre que supo hacer de esa humildad una celebración permanente.

Todas estas palabras vienen a ser también una pequeña celebración, ya que la «Colección Visor de Poesía» y el Instituto de Cooperación Iberoamericana (en colaboración con la Consejería de Cultura de la Junta de Andalucía)⁷ acaban de publicar una nueva antología de la obra poética de Oliverio Girondo, en edición de Trinidad Barrera. Precedido de una breve pero intensa introducción en la que la autora hace un análisis de la personalidad poética de Oliverio Girondo, y la sitúa sociológica y literariamente en el contexto de la época, el criterio de selección ha sido el de

dar una visión lo más amplia posible del desarrollo de esta vital obra poética. Si bien hay que señalar que *Veinte poemas para ser leídos en el tranvía* y *Calcomanías* se encuentran recogidos íntegramente. Este fue el punto de partida y en ellos se encuentran fidelidades que Girondo no abandonaría nunca, fidelidades en las que ahondó y creció. Enrique Molina apunta que la obra de Girondo es una obra con culminación, con un último libro en el que los elementos de sus libros anteriores «se transfiguran a la temperatura del fuego central»⁸. Considero que esto es una realidad en cuanto a la aventura lingüística de Girondo, pero tengo que mostrar mis preferencias por *Persuasión de los días*, libro en el que considero que se conjugan de manera estremecedora y armoniosa el palpito poético, el vómito comunicativo, el escalofrío de las horas y la conciencia más honda del viaje emprendido, todo ello apoyado en el necesario desgarramiento del lenguaje. En este sentido, la antología de Trinidad Barrera tiene una clara vocación de ecuanimidad, dando al lector la propia libertad de elección. «La personalidad de Girondo es la del mercurio»⁹: cambiante, escurridiza, brillante, pero con ese brillo de abismo que posee el mercurio, hijo del milagro del ritmo de la naturaleza y la vida.

Guadalupe Grande

¹ Enrique Molina: Oliverio Girondo. Obras completas. «Hacia el fuego central o la poesía de Oliverio Girondo», p. 10. Edit. Losada. Buenos Aires, 1968.

² Oliverio Girondo: Obras completas. Ibid. p. 191.

³ Oliverio Girondo: *Viente poemas para ser leídos en un tranvía, Calcomanías y otros poemas*, p. 136. Edit. Colección Visor de Poesía-ICI. Madrid, 1989.

⁴ Ibid., p. 151.

⁵ Ibid., p. 190.

⁶ Ibid., p. 149.

⁷ Dentro de esta misma colección de poesía podemos encontrar los siguientes títulos publicados hasta el momento: Martín Adán: Antología (edición de Mirko Lauer). Roberto Fernández Retamar: Hemos construido una alegría olvidada. Poesías escogidas 1949-1988 (edición de Jesús Benítez). Raúl González Tuñón: Antología poética (edición de Héctor Yánover). Nicanor Parra: Chistes para desorientar a la policía poesía (edición de Nieves Alonso y G. Treviños).

⁸ Enrique Molina, Ibid., p. 14.

⁹ Trinidad Barrera, Ibid., p. 7. «Oliverio Girondo o el perfil de la vanguardia».